

San Justino, el filósofo que mereció martirio

Una de las autobiografías más antiguas escrita por un cristiano es la de San Justino. En su *Diálogo con Trifón*, cuenta su conversión al cristianismo.

Itinerario vital. En primer término, “también yo (...) acudí a un estoico”, representante de una corriente entonces popular, defensora de una moral irreprochable. Tras discutir un tiempo sin provecho con este estoico sobre el problema de Dios (“del que no sabía nada” –dice Justino– “y aseguraba que se trataba de un conocimiento innecesario”), lo dejó y acudí a un peripatético. Este soportó unos días a Justino; pero después pretendió que le pagase las clases. Justino, considerándolo un falso filósofo, lo abandonó también.

“Mi ánimo”, continúa su narración, “estaba todavía deseoso de escuchar la extraordinaria enseñanza propia de la filosofía, por lo que fui a un pitagórico de gran reputación, hombre de amplias miras con respecto a la sabiduría”. Éste le preguntó si había cultivado la música, la astronomía y la geometría, pues para los pitagóricos estas disciplinas apartan el ánimo de las cosas materiales y lo preparan a contemplar la belleza y el bien. “Así, después de haber alabado estas ciencias y haber afirmado su necesidad, me despidió”. Justino se aflige porque sus expectativas no se habían realizado: “Considerando la cantidad de tiempo que debería haber dedicado a aquellas disciplinas, no pude soportar la idea de dejar a un lado durante tanto tiempo mis aspiraciones”.

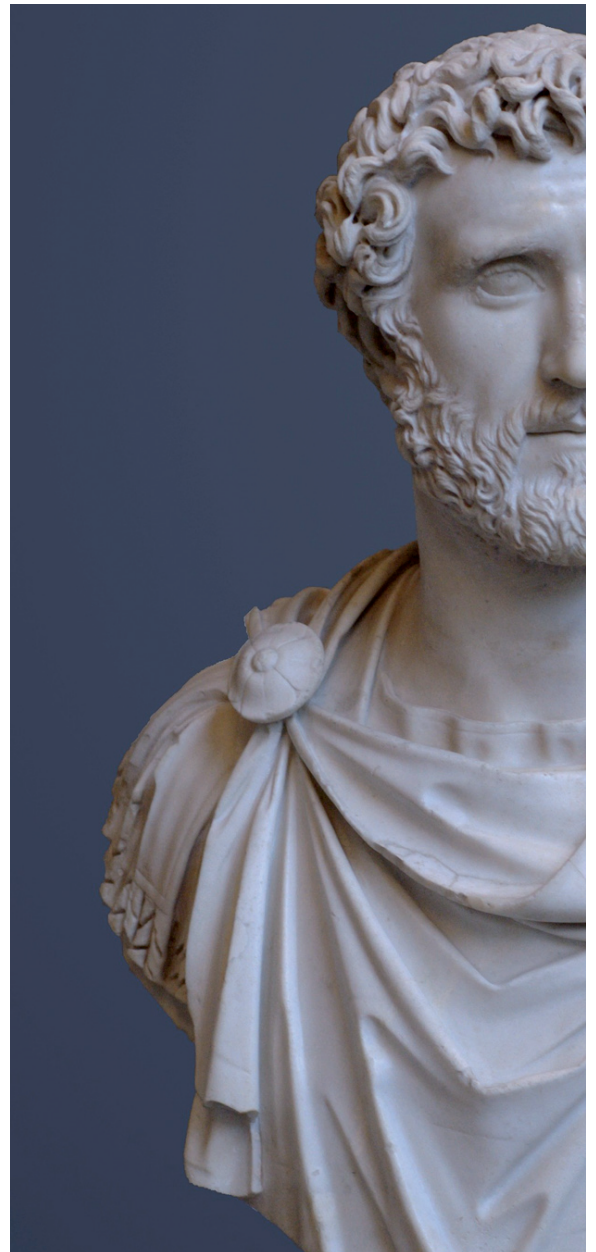
Decide entonces ponerse en contacto con los platónicos. “Me vi, por tanto, frecuentando asiduamente a un hombre bien preparado, que había llegado hacía poco a mi ciudad, y que sobresalía entre los platónicos”, y que podría ser el maestro que buscaba. “Me fascinaba el cono-

cimiento de las realidades incorpóreas, y la contemplación de las ideas excitaba mi mente. Enseguida consideré que había llegado a ser un sabio y cultivaba la absurda esperanza de llegar a la visión inmediata de Dios, porque éste es el fin de la filosofía de Platón”.

Encuentro. En ese estado anímico, Justino decide retirarse a meditar en un lugar tranquilo no lejano al mar, “cuando un viejo cargado de años, de aspecto imponente y aire tranquilo, seguía mis pasos a poca distancia. Me volví hacia él y lo miré intensamente”. Se presentan, y el anciano le pregunta qué hace allí; él contesta: “Me gusta ocupar el tiempo de esta manera, porque puedo reflexionar libremente conmigo mismo”.

Comienza entonces un diálogo que pondrá de manifiesto una especial sintonía entre ambos. Concluyen que “todo hombre tiene el deber de dedicarse a la filosofía y considerarla la acción más grande y digna de honor. Lo demás viene en segundo o tercer lugar...”. Reflexionan sobre el valor de la filosofía, ciencia del Ser y el conocimiento de la verdad; y la conversación deriva hacia el conocimiento de Dios. El anciano empleará un ejemplo que cautiva la atención de Justino: “Pon por caso que una persona dijese que en la India hay un animal de aspecto diferente a todos los otros: tú no lo habrías conocido sin verlo, pero no habrías podido tampoco hablar de él si no hubieses oído hablar a uno que lo ha visto...”. El eje del diálogo se centrará en si pueden los filósofos elaborar un pensamiento correcto acerca de Dios y decir algo que responda a la verdad.

El anciano le habla de los profetas: “Hace mucho tiempo, antes de todos estos que son tenidos por filósofos, vivieron hombres santos, justos y agradables a Dios, que



hablaban movidos por el espíritu divino y predecían las cosas futuras que ahora se han cumplido”. Son los únicos que han visto la verdad y la han anunciado a los hombres, sin hacerse dominar por la ambición. Y añade el viejo que sus escritos, “en efecto, no han presentado sus argumentos en forma demostrativa, sino que han dado un testimonio digno de fe y superior a toda demostración”, puesto que “los acontecimientos pasados y presentes obligan a estar de acuerdo sobre lo que han dicho los profetas”.

Defensa de los cristianos. Justino queda convencido. Su conversión debió de tener lugar hacia el año 130. Llegará a ser uno de los apologistas, escritor de gran calidad y personalidad vigorosa. Había nacido en Flavia Neápolis (hoy